

MISIL DE ALTO VUELO

Diego Maquieira

Hay un piano blanco en medio del salón pequeño. Se sienta en un sofá antiguo, y a sus espaldas resplandece, en un óleo, la sonrisa misteriosa y bella de Julita Astaburuaga, su madre, la actual militante del jet set criollo. Se respira un aire de paz entre libros, fotos, cuadros y muebles de buen gusto. La tenue luz de la tarde resulta plácida... hasta que Diego Maquieira empieza a hablar. Las palabras son claras, las frases son cortas, pero las ideas son demasiadas, y las dispara una tras otra, sin respiro ni duda. Atrevidas, distintas, fuertes. Como un volcán en erupción, enciende todo lo que dice, llenando la sala de destellos, unos luminosos y otros explosivos.

No es raro que su último libro de poesía no sea un libro sino un "poema compacto", editado impecablemente en formato de compact disc y escrito a modo de una suite musical. "Lo importante es encontrar un lenguaje y la música está contenida en el verbo. No soy escritor, soy un explorador de lo desconocido. Mis fuentes de nutrición no están en la poesía... así evito el incesto". Y menos raro aún es que este CP (Compact Poem) trate sobre los Sea Harrier. Porque se maneja bien en la alta tecnología este poeta de 42 años. "Prefiero estar en la desórbita, de ahí se ven mejor los problemas de la órbita. Quiero ser poeta de la Nasa, que es donde se está haciendo lo que deberían hacer los poetas: fotografiar lo desconocido...".

Pero en medio del vértigo intelectual sabe cómo ordenar su propio caos. Y el bombardeo -que apunta a la Iglesia, a los políticos o a la educación- no resulta destructivo. Es como un torbellino crítico, que en su genuino afán creador, corre a los cielos y a los infiernos, y llega finalmente al mismo punto de partida de casi todos: la simple búsqueda del amor. Pero acompañarlo en su exploración -profunda y culta- resulta ser una aventura.

POR MARGARITA SERRANO FOTOGRAFÍAS DE SOLEDAD CAMPAÑA

Su padre era diplomático. Por eso su infancia transcurrió saltando de un lugar a otro. La Paz, Lima, Ciudad de México, Quito, Nueva York, Santiago.

—¿Pero, nació en Santiago?

—Sí, a orillas del río Mapocho.

Lo dice con la seriedad y apuro con que dice todo; y también con el mismo humor. Significa que nació en la Clínica Santa María, en 1951. Pero sus recuerdos de colores y espacios tienen que ver con América Latina, con la finura y distinción de la vida diplomática y con aquella manía de no echar raíces en ningún lugar.

Explorador espiritual

Sus años infantiles en Nueva York salen a relucir con frecuencia. El inglés es casi su otra lengua materna, porque aprendió a escribir en ese idioma. Cuando llegó a Chile, pasó por diez colegios. Lo echaban de todos por rebelde, no toleraban su imaginación sostenida. Su paso por el Saint George es el que recuerda con más cariño. Porque a esas alturas —16 años— descubrió la gran biblioteca de su padre y allí canalizó todos sus impulsos. Devoró no tan sólo a Salgari y a Verne, sino también a Pound. “El profesor de Castellano no entendía que cuando en clases pasaban al Arcipreste de Hita, yo me dedicara a leer a Balzac”.

No quiso entrar a la universidad. Tenía la certeza de que no era ése su camino. Tampoco sabía exactamente cuál era, pero su vida no estaba hilvanada en forma tradicional. Mientras sus amigos preparaban la Prueba de Aptitud Académica, él visitaba a Nicanor Parra y lo escuchaba en largas caminatas por la orilla del mar. “Yo no quería tener una profesión, sino una aventura espiritual”.

—Usted era un diletante...

—No, porque un diletante es el que quiere probar, el que juega sin comprometerse. A mí me interesaba el compromiso conmigo mismo y con mi búsqueda. Yo caminaba para encontrar el vellocino de oro.

A pesar de que su búsqueda

tenía lugar en plenos años 60, su revolución nunca estuvo encauzada en lo social. Era espiritual y poética. No pertenecía a ningún partido político ni a club alguno. Sin embargo estaba en oposición permanente a lo que había establecido. “No me interesaba la política, porque los militantes rápidamente se transforman en reclutas”. Lo que le pasaba a Maquieira en el fondo, y es lo que le pasa todavía, es que no quería que lo eligieran, quería elegir él. Y esto le queda muy claro cuando habla del amor. “Las mujeres tienen el vellocino de oro. En vez de amarlas a todas, lo que yo quería era amarlas a todas en una”.

A los 22 años se casó con la pintora Patricia Ossa. Le costó conquistarla y se nota que le cuesta todavía. Llevan 21 años de matrimonio, tienen dos hijos de 17 y 15 años, y admite que han pasado por todos los tormentos y los oasis imaginables. Pero quiere hablar de ella. Quiere contar que ése fue su amor electivo. Hace una declamación en voz alta y luego toma una lapicera con tinta verde. Con una letra endemoniada, escribe y luego lee.

—Después de 21 años juntos, puedo decir que la Pati no ha sido jamás la señora Maquieira, ni mi biombo ni mi representante. Es la mujer más completa, sólida e invisible que he conocido nunca y que me ha dado el destino. En ella están las raíces de la tierra, la sal del viento y la soledad de los lagos de alta montaña. Su ser y su mundo interior constituyen un inmenso laberinto y una fuente inagotable de riquezas insospechadas, en cuyo fondo guarda y preserva el vellocino de oro salvaje, con el que tanto soñamos y desesperamos los artistas y los poetas. Y de ahí probablemente venga el origen de su extraordinaria serenidad, de su poderosa irradiación, de su gran belleza y de su devastadora dulzura. Eso es lo que yo tendría que decir del amor electivo, que en este caso es ella.

—¿Cómo se combina la solidez y soledad con la dulzura?

—A mí lo que más me conmueve en una mujer es la dulzura. Es porque hay algo interior muy, muy potente. Es un misterio, pero probablemente por ahí venga su fuente inagotable.

—Usted dice que el matrimonio no es una institución, sino una navegación de alta mar. ¿Cómo navega, además, en alta tensión?

—El matrimonio no es un cruce-ro entre San Antonio y Las Cruces, sino una navegación de alta mar donde los invitados de honor son los niños. Eramos dos y ahora somos cuatro. Ya hay una tripulación. Y estamos expuestos a lo desconocido, como Colón.

—¿Qué tipo de cosas son las que han producido desencuentros en su pareja?

—Razones de crecimiento. A veces ellos no van a un punto convergente, sino divergente. Cada uno atraviesa por bosques y desiertos, y tiene que atravesarlos solo, por caminos no señalizados. Pero de alguna manera hay una confianza de que vamos en una misma dirección, pero por diferentes pistas. Ahí se pone a prueba la resistencia y la calidad del amor. Hay momentos en que el automóvil de alguno de los dos se queda sin gasolina y el otro tiene que empujarlo.

—¿Cuáles son los principales dolores que lo afectan, en este periplo amoroso?

—Una relación entre dos artistas es muy compleja. Hay períodos de mucho amor, convergencia, humor, alegría. Y hay otros de mucha pobreza y ahí a mí me da miedo no poder echar a andar esta maravilla que tenemos, porque estamos secos y pobres. Hay que ser creador para saber qué podemos hacer cuando en el monedero del amor quedan dos chauchas. Tenemos que frotarlas para que surja la chispa. Y eso es muy duro. Porque cuando se ha conocido la abundancia, cuesta partir de casi nada.

La Inquisición.

—Nunca he tenido más ganas de hacer el amor que cuando queríamos tener un niño. Es increíble cómo se me desarrolló el eros y el deseo amoroso y sexual en esos

días. Entré en un estado de locura, como un animal en celo, en el que se juntaron el deseo y la necesidad de engendrar a un hijo. Cuando nació, yo andaba pregonándolo por las calles de felicidad.

Durante los dos embarazos, ha escrito un pequeño libro de poesía. "Sabía que después tenía que sacar el rifle y salir a cazar para traer alimento". Admite que han vivido siempre en la inestabilidad económica. Ella vende bien sus cuadros y él se las ha arreglado, primero organizando un café concert, haciendo "pitutos" publicitarios o ganando diferentes becas. Hace dos años se ganó el Premio Pablo Neruda y le gusta recordar que ese premio tiene algo muy importante: nadie puede postular a él.

—*Tanto en La Tiraña como en Los Sea Harrier la Iglesia Católica aparece vapuleada.*

—Sí, ella es la memoria. La búsqueda de las raíces en los tres siglos y medio que duró la Inquisición española. Su existencia y todo lo que ocurrió en ella, me permite desautorizar a la Iglesia como mediadora entre Dios y yo. Mi comunicación con Dios es directa y no pasa por la Iglesia. Ellos han hablado de que hay que preocuparse poco de los poderes temporales y finalmente, lo que quieren es tener el poder temporal.

—*Pero la Iglesia ha reconocido el horror de la Inquisición.*

—¿Cuántos años después? Y han sido sólo excusas. La Inquisición es el equivalente a *La naranja mecánica* de Kubrick del siglo XVII; o a Atila y sus tropas.

—*¿Cómo es su relación con Dios?*

—Importante y constante. Cuando hablo de poesía —no de literatura, porque no soy literato—, hablo de crear y creer. Por eso le contestaría a Nietzsche cuando dice que Dios ha muerto, que es bastante improbable.

Sólida mediocridad

—*¿Por qué se interesó en los Sea Harrier?*

—Cuando los vi, comprendí que eran el Rocinante moderno, frágil,

de alto vuelo, que vuelven a la base. Es un halcón que ataca de aire a aire, sin bosques de por medio. Con ellos yo capturo el espacio exterior. Me interesa la Nasa, porque ya no se puede trabajar para la Iglesia como lo hizo Lope de Vega o Garcilaso.

—*¿Son ellos, los Harrier, los defensores del amor en sus poemas?*

—Sí, y pierden la batalla, pero se quedan con el poder temporal en un plano superior. La batalla del porvenir es rescatar la inteligencia sobreviviente, para salvarle la vida al amor creador.

—*¿Esa es también la batalla que tenemos pendiente en Chile?*

—En Chile hay mucho miedo, nadie se atreve a soltar las piezas y hay que hacerlo para armar cosas nuevas. Pero aquí están aterrados. Para vivir en Chile hay que mantener una sólida mediocridad para

tener un éxito permanente.

Se extiende explicando por qué ya no hay mecenas y cómo están destruidos por el afán coleccionista —de edificios, cuadros o empresas— que adquieren los que podrían dedicarse a la cultura.

—Chile es un país que no tiene cultura. Cuando la gente se ve en medio del vacío que tiene que sentir en un mall, recurre a la cultura y se acuerda de Neruda, de Huidobro, de Matta o de Arrau. Pero no hace nada para sembrar semillas en potenciales creadores. Solamente cuando ve que otros valoran a un pintor, le compran los cuadros. Pero son incapaces de jugarlas por alguien que tiene un potencial. No están dispuestos a perder, por lo tanto, tampoco saben ganar.

—*¿A usted le gustaría integrarse en alguna institución y hacer algo por la*

SENTENCIAS

"En lugar de la Teletón, se debería hacer una Poetón, porque como miembros activos de una sociedad, los poetas están inválidos".

"Si entre millones y millones de espermios, tú eres el único que entró al óvulo, eres un privilegiado. Estás becho para la vida y no para la muerte".

"Lo que no me interesa en absoluto es ser agregado cultural. Tampoco me lo han ofrecido".

"El alma humana no es monopolio de la Iglesia Católica".

"Vivimos un año en Zapallar. La diferencia entre vivir en Santiago o frente al mar es que desde Santiago llamaban para preguntar cómo está el día y nosotros llamábamos a Santiago para preguntar qué día era".

"Tengo un ejército de habitantes en mi interior y hay que conocerlos a todos e integrarlos. ¡Y es como juntar a los judíos con la OLP!".

"La poesía es inofensiva para la seguridad nacional".

"Lo que se compra siempre es tiempo. Es lo único que vale".

"El cáncer más grande es el mercado: no tiene control, lo corrompe todo, desde las escuelas parroquiales hasta las centrales eléctricas. No respeta ni las tradiciones porque no las tiene".

"Si el hoyo de la capa de ozono aumenta sobre la Tierra, ¿por qué no hacemos algo para que la capa de nuestro espíritu aumente sobre el cielo?"

"El hombre integral es, en el fondo, un poeta".

cultura en Chile?

—Sí que me gustaría. Llevo 40 años solitario e incapaz de asimilar-me para dar lo que puedo dar. Podría integrarme a una universidad, hacer un taller creativo y hablar de la cultura, de la creación, de la vida y obra de espíritus creadores. Hacer preguntas e interrogar, enseñar a pensar por cuenta propia, para enriquecer a los alumnos en su propia personalidad. No para convertirlos en poetas: la poesía no se puede enseñar.

—De alguna manera, eso es lo que se hace en las universidades.

—Pero el nivel cultural de los alumnos es desastroso. Me ha tocado ir a dar charlas y soy yo el que hace las preguntas. No quieren entender que es necesario que los estudiantes de ingeniería posean un nivel cultural que les va a dar un instrumento para resolver mejor los problemas matemáticos o bancarios. No hay una sensibilidad, ni una cultura; no hay tradición ni la ha habido. Se terminó Andrés Bello. Hay que dedicar la vida a la

vida creadora, a generar un campo unificado de gente que desarrolle su potencial en lugar de que lo castren o repriman, como es la tendencia en este país.

—¿Por qué cree usted que los grandes chilenos universales -como Neruda, la Mistral o Arrau- se desarrollaron fuera de Chile?

—No sé si es por la cordillera o qué, pero estamos en una cueva de Altamira. Nadie tiene que hacer un esfuerzo de búsqueda, porque los puntos cardinales están bien definidos. Cualquiera persona que sea raptada o que esté emborrachada, cuando amanece sabe dónde está el sur y el norte, el este y el oeste. No hay nada que explorar.

—¿Qué le gustaría que pasara en esta sociedad?

—El futuro está en la Unicef y no en el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas. Todo está en la educación. Y en Chile está anquilosada. La imaginación y la inteligencia no son creadoras: son prácticas, pragmáticas, codiciosas, usureras y sin respeto por sí mismas ni por los

demás. No hay una cohesión de la diversidad, eso es lo que no veo. Por eso hay grandes tensiones subterráneas.

—¿Le ve algún rol importante a la política?

—La considero un pantano lleno de colesterol y gangrena. Yo no me identifico con ella y me mantengo al margen. Sí considero que un país tiene que ser gobernado por las mayorías y no por minorías. Soy partidario de apoyar a un presidente mayoritario, independiente de la ideología que sostenga.

—¿Es usted la cuota de rebeldía necesaria para que funcione el statu quo?

—Ese es mi espíritu: tomar distancia con todo lo que está cerca del poder. El poder es el enemigo número uno de la creación. Y los creadores deben estar lo más lejos posible de los círculos oficiales. Mi camino no va por ahí. Yo no voy a mejorar ni a empeorar mis poemas ni mi situación económica a través de los círculos oficiales. No tengo intereses creados, tengo interés en crear... Tampoco quiero crear intereses. ☉